

El Secreto de Inés

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Secreto de Inés (por Daniel Bernardo Grimberg)

Debo decir al comienzo de ésta narración que sentía un profundo deseo por Inés Aguilar a quién invitaba en las noches recién creadas por los últimos hilados carmesí del sol, a conjeturar un futuro común bajo un cielo intachable, mientras mantenía una expresión servil en mi rostro. Esos serían maravillosos tiempos que se prenderían como la raíz central de nuestras existencias. Me esforzaba mucho en obtener su aprobación... cada frase y palabra que decía estaba dirigida a ese efecto. Vertía tamborileadas expresiones, como que nos conmoviéramos por la intensidad de nuestro despertar, al ver al sol que aún no se exacerbaba, pero era curioso y nos preguntaba que íbamos a hacer en el transcurso de ese día. Enlazaríamos nuestros caminos con la extensión de un viaje cuyos hitos aún no podíamos vislumbrar. Esos proyectos fueron el resultado de mi antiguo mundo ideal, aunque suene ridículo referirse a eso ahora, o que quisiera sanear mis argumentos a favor de aquellos vanos intentos de seducción a través de una elaboración mecanografiada.

Hoy, al redactar con cuidado estas líneas, me embarco en la amargura de quien había anclado a sus esperanzas en una bahía sin mar, y afirmo que he sido un enamorado que chocó contra las gigantes paredes de un iceberg. Porque ella, con disimulos fraguados con buenas dosis de su tacto y amabilidad, no daba importancia a mis pedidos, y se contentaba con la simpleza de verme bien (eso ya me olía a derrota, a pesar de que no tenía nada de incorrecto), por lo que con frecuencia consideraba innecesario ir a escuchar música, o tomar algo que diera pesadez a nuestros reflejos y nos predispusiera a entregarnos confidencias dentro de las conspirativas noches que reunían una cuantía cercana a lo perpetuo.

Inés mantenía su instintiva violencia de callar a la vez que miraba al mundo con mucha inteligencia; estimaba cuales eran las mejores circunstancias para así hacer sus elecciones entre divertida y herida de muerte. Y no me confiaba cuál era su secreto, o el desafío que tenía que superar para llegar a su corazón. Así fue como mi pensamiento (junto a su atinencia en la narración de esta historia) se fue adentrando en la región de las fantasías. Mis creencias no sólo fueron fácilmente derrotadas, además corrieron el riesgo de toma irracionales direcciones, y por un tiempo dejé de hacer las lecturas que acertaban a descifrar lo que pasaba a mi alrededor, porque mi ánimo se desplomó frente al jerárquico absurdo

que, imprevistamente, entre los dos se había establecido. Ahora, cristalizar con palabras a ese tan especial periodo de mi vida se me hace un tanto duro.

Para Inés todo giraba en torno a conservar mi amistad a la que consideraba gratificante. No quería desatar nuestros lazos que, si bien los adivinaba contingentes, les daba un carácter privilegiado. Era cuestión de no deletrear lo que sería incomprensible, y seguir zigzagueando en una relación que no tenía metas exactas. Yo necesitaba que ella me mirara con el objeto de que, desde mi ambulante posición de poeta, escribiera acerca de las beligerancias de las mujeres y del honor que nos daban por transformar nuestros mundos en un santiamén. O eso era lo que le exponía desde mi predicamento esencialmente emocional, porque sin ser el primero de los poetas, conseguía que tiasas cargas de palabras formaran versos que saturaba con el dulce rigor del romanticismo. Recitaba y celebraba al desamor de la mujer que se aplica con fervor al desdén.

Asiento que aguardar que me sonriera era una pletórica esperanza, pero me daba el lujo de insistir. Le había lanzado cientos de inocentes propuestas que nos harían coincidir en un lugar y tiempo deliberado. Mi determinación no se circunscribía sólo a hallar la salida de su laberinto, sino a combinarlo con un camino para que nuestras suertes dejaran de ser solitarias.

Sin embargo, mi corazón era devorado por una profunda ansiedad. Debido a la juvenil promesa de entrar en posesión de anchos campos de tiempo, luchaba encarecidamente con Inés para que juntos lleváramos a cabo ese ideal tan sencillo. Creía que al final rompería sus cerrojos y tijeretearía los mapas de los torrentosos ríos que la alejaban de mí. Por supuesto que no quería saber nada de las poesías que hablaban de las ruinas del amor, o de los estragos producidos por coléricos fuegos cuyos humos canturreaban por los aires a la victoria de la destrucción. Y supuso que si el cielo se había pelado de estrella, fue porque no había levantado la vista... no quería ver lo que se presagiaba como un contrapunto a mi felicidad y fingía locura para que nada malo me ocurriera.

I

La conocí cuando acompañaba a Joseph Kannor por las agrestes magnitudes de los campos entrerrianos, en donde atrapábamos mariposas de espectaculares colores, e incluso algunas pardas cuyos aspectos eran feos y vulgares. Habíamos recorrido complicadas distancias con el propósito de hallar los principales exponentes de una especie que corría el riesgo de extinción. Joseph, con la arrogancia prestada por su aclamado doctorado, me enseñaba los variados métodos de enredar a los insectos en la red. Esas técnicas reponían su material dentro fértiles episodios que según sostenía, eran hitos históricos auténticos. Juntábamos muchísimas

mariposas, a las que posteriormente se les deducía sus quintaesencias.

Hacía esas labores deslumbrado por el talento de ese biólogo norteamericano que con suma nostalgia recitaba los nombres de las tristes subespecies que habían estado a un tris de desaparecer (a las que asociaba con las vivencias más dramáticas de su vida). Esos bichos se encontraban en tierras no develadas, y él anhelaba que el misterio de sus orígenes persistiera como si fueran magias cuyos trucos ningún mago sensato revelaría. Joseph se sentía entre dichoso y furibundo si tenía como fondo a los campos en que flotaban esos insectos.

Emprendíamos con ímpetu sus capturas que yo no comprendía con claridad, pero para él eran moneda corriente. Esas excursiones eran definidas por las reglas de mi anfitrión, qué si se irritaba mientras cruzaba los verdes límites de la campiña, escupía alguna que otra elocuente obscenidad, que a veces eran malos pronósticos, o bien vocablos cuya intención era la de torcer un poco a la mezquina realidad. Con frecuencia rumia porque sus posiciones chocaban con las de colegas que no se ubicaban a favor de "la ciencia pura". Estos lo atormentaban con sus desafíos de arrebatarse la gloria de ser el primero en divisar lo que aún no se había hecho concreto a la vista. A él no le importaba la buena educación, ni otro de los estúpidos espejos con que uno tendía a medirse dentro de la sociedad organizada, sólo quería que nadie despreciase el alto nivel de sus investigaciones, ni se omitiera la novedosa información que lo haría avanzar en su carrera y le daría el aplauso y el protagonismo.

Joseph se concentraba en la contemplación de sus objetos de estudio, y los fastidios que lo sacudían eran generados por no poder construir en forma sistemática a los tópicos de su disciplina, a partir de compuestos artículos con sus respectivas ilustraciones (y las aclaraciones bibliográficas anexadas a las diferentes unidades). Ese hombre que juzgaba con precisión a la naturaleza, rápidamente se improvisó como mi maestro, y se apasionaba al advertirme acerca de las inhallables mariposas que se éramos sagaces, encontraríamos al alcance de nuestras manos. De estas emanaban un poder vital y excluyente, y cuando las describía sus ojos tomaban el color del mar alborotado.

Joseph Kannor era un biólogo con indisputables virtudes en la incalculable y variada área de aquellos insectos, a los que popularmente se considera vivaces y juguetones, pero cuyo estudio exige someterse más que a una dura disciplina, a la tiranía de lo subyugante. Y yo, que hasta entonces no tenía ni una remota idea acerca de su importancia, aprendí que las mariposas encabezaban una honda revolución en el pensamiento científico, y el ensanchamiento de la civilización se deberá en mucho al acoplarse a los términos de sus existencias (lo que, un tiempo atrás se sospechaba que era inalcanzable). Las mariposas eran la ventana perfecta

desde la cual observar al mundo.

A menudo le declaré a Joseph mi admiración; lo llamé un sabio acuciado por la ambición de saber, y convine que era mi afortunada prerrogativa el poder ver a los desordenados desfiles de esos bichitos, cuyos colores se mezclaban con las imágenes pastoriles del campo. Aquello traspasaba a mis dóciles galanterías poéticas y me permitían examinar a los cimientos del mundo. Incluso, ante lo formidable de ese espectáculo, me ponía pensativo y me surgía una repentina turbación; sentía a mi sangre encenderse y si me tocaba la frente con la mano me surgía la idea de haber contraído un poco febrícula.... Sí, quizás exageraba un poco, pero extendía esos múltiples y pacíficos elogios que no hacían daño a nadie.

Kannor ansiaba obtener un descubrimiento colosal, que una centellante novedad lo honrase entre sus pares; revolucionaría la comunidad científica con la captura de un ejemplar que hasta entonces se resistía al examen público (y al fin sus colegas dirigirían su atención a cada punto que sugeriría).

- "Eso sería una felicidad inopinada", me dijo como balanceándose en un infinito que anhelaba que se hiciera tan cercano como apremiante.

Durante esos trances meditaba con aires gravísimos, y sólo se interrumpía para silbar una melodía plañidera, a la que acortaba con chillidos que daban la impresión que salían de pájaros locos.

Joseph Kannor también era el director de una fundación cuya sede estaba en una ciudad de Carolina del Norte. Desde esta, entregaba a los fanáticos de esos insectos alados un imperturbable acceso visual a sus variables aspectos, a través de una revista que había alcanzado proporciones icónicas. Con esta, los suscriptores pasaban de la ignorancia al conocimiento, y comprobaban que nada dentro de ese ámbito académico había quedado fuera de control. Multitudes compraban esa publicación con el objeto de ver de primera mano y detalladamente, a las recientes experiencias de Kannor. Este reflejaba en sus enumeraciones prácticas, a la soberbia de sus sueños, sus esplendidos humores, sus combatientes quimeras, los trabados puentes que logró cruzar, y las compilaciones que había hecho merced a una intuición científica bien afilada.

Desde el centro de los Estados Unidos, ese hombre había asumido la tremenda responsabilidad de retratar a cada especie de mariposas que se cobijaba bajo el cielo común (que simbólicamente rompía las fronteras del mundo y unificaba a la humanidad), porque captaba que esos insectos en forma indirecta redimirían al mundo. Según sus prismas y evaluaciones, la totalidad del universo físico dependía de ese estrato biológico, por lo que vaticinó que la sabiduría únicamente se remozaría, si no se tomaba como

una trivialidad al reinado que las mariposas hacían sobre los aires.

Joseph Cannor desembarcó en la Argentina en una noche del año dos mil once que no se diferenció de las otras, pero consumió un poco al siglo, y sin dudas jugó un decisivo papel en el desarrollo de las ciencias naturales (debo decir, pese el asombro de quien sea, que el arribo de un nuevo día es suficiente para vencer a la nada). Su asistencia en el país se constituyó como la piedra fundacional de algo que nunca terminaría, puesto que el camino profundizaría a los significados a medida que se lo fuera recorriendo, pero también se trató del comienzo de mis trastornos con Inés, mejor dicho, de las inquietudes que, debido a su aparente desinterés en mí, a menudo me sacudían.

Yo había sido quién le proporcionó a Joseph el excelente departamento en la planta baja de un edificio del concluyente barrio de Belgrano, que compró, y al que cambió su estructura original por otra más moderna, que involucró un pleno aprovechamiento de la luz solar y mayor confort. Fue una excelente oportunidad que aprovechó con una estupenda risotada, y por la cual proclamó solemne, que había contraído una deuda conmigo.

Ahí, lo visitaba a menudo, ya que no resultó ilógico que nuestra relación comercial derivase en una amistad orientada por la común admiración que sentíamos hacia las mariposas. El hombre se afanaba en vivir bien; unificaba a la enormidad de sus saberes con una jovial sofisticación. Para Joseph era lo más prudente rodearse de lo agradable, y se enfadaba si no satisfacían a sus demandas; le gustaba usar ropa de calidad, y oír a través de un moderno equipo estereofónico a los fragores de músicas clásicas. Estas le propiciaban místicos sueños que, junto con un vaso de whisky en su mano derecha, le generaban efectos de reposo y gravedad. En su hogar, que también era su laboratorio y oficina, combinaba a lo cotidiano con sus expectativas sublimes. Haciendo extremas invocaciones a la ciencia, separaba a sus invitados de la calle y le hacía sentir que entraban en un área diáfana propia de otra dimensión.

Recuerdo en particular a sus dos gatos, que al principio merodearon por el lugar con minuciosa desazón, y después se lo apropiaron en horas que parecieron baladés, pero bastaron para que me tuvieran como una amenaza, o alguien que no reunía un rango suficiente como para pasearme por ahí. Esos sujetos (que se revelaron malvados apenas salieron de los huecos de sus inframundos) se convocaban utilizando impenetrables gemidos con la patética intención de sobrepasarme. Y como eran una maleducada camarilla no desarrollaron tácticas cordiales, sino que se abrían paso sorpresivamente como un eje guerrero y antagónico. Se me contraponían en forma harto mañosa, y desprendían de sus patas a sus uñas, dándome un inclemente aviso de que no evitarían defender a su recién adquirido territorio. Esos muchachos que se habían ganado la fama de peleadores, me vieron como un símbolo de lo detestable que notaban en derredor: era un controvertible merodeador que lastimaba a sus

sentidos.

Mi primera deducción había sido que se habían perdido en los detalles de ese departamento o en la infamia del desarraigo, pero (como ya dije) no tardaron en hacer un mapa mental del sitio al que, desde el atalaya de un usurpado estante, adoptaron cómo su hogar.

Esos dos canallas se llamaban Marx y Trotsky, y tenían colas tan largas y levantadas que parecían la de mandriles (dentro de mi ofuscación opté por burlarme de ellos). Los había llamado apelando a la amistad y al amor, pero ellos iniciaron al único procedimiento que en sus mentes merecían los intrusos: arrastrarlos a la calle o a los pavorosos abismos que existirían en otros lados. A los posteriores visitantes les recomendé que no se confiaran demasiado en ellos, ya que la presencia de extraños les resultaba opresora, y los invitaba a iniciar hostigamientos que a veces terminaban en francas persecuciones (resultaba patente que esas suspicaces criaturas rechazaban las cercanías de desconocidos porque suponían que se habían arrimado con el fin de robar sus repugnantes tesoros).

II

El plan de Joseph en estas tierras era inestimable, y necesitaba un asistente que supiera inglés con la finalidad de redactar con precisión a sus frondosos artículos, y así su sabiduría no se disolviera en lo fragmentado y confuso. No perdió tiempo, efectuó entrevistas buscando a una persona práctica que lo ayude de manera contundente. Y contrató a alguien que, además de sincronizarse a los tonos de sus pensamientos, aprendió a fotografiar con las alas desenvueltas a las mariposas que reponía con cuidado en sus estuches. Ella era muy disciplinada y enseguida profesó con sencillez la misma fe de Joseph Kannor. Su actitud tenía algo de sumisión, pero eso era lo ideal si quería ser adoctrinada a en una ciencia a la que había que volcarse abnegadamente. Esa joven, a cuyas pestañas batía con estupor cuando veía como se paralizaban las alas esos insectos después de embrollarse con las redes tras ser capturados, de pelo lacio, largo, y renegrido, grandes ojos, y una voz llena de dulzura, se trataba de Inés.

Fue a esa joven mujer oriunda del municipio de Lanús, a la que Joseph Kannor pidió que colaborase en la resolución de los arduos misterios de las ciencias entomológicas.

Buscaban mariposas en campos o en quietos matorrales, es decir, bien lejos de donde (sin que ocurriesen fatalidades) se rozaban las muchedumbres; y después pulían y refinaban con habilidad artesanal a los datos que recogían. Frente a Inés, a esos severísimos quehaceres, Kannor los comparó con desenterrar antiguas monedas de oro y lustrarlas hasta devolverles sus originales brillos. Ese investigador se convirtió en una

pieza primordial en la vida de la joven, y de acuerdo a lo que ella me contó, nunca sus conversaciones se derramaron en temáticas agrias o se introdujeron por donde había lacerantes bordes. Él le suscitaba una imagen sacerdotal, la de un hombre que a través de sus plegarias se desesperaba por construir un universo paralelo y mejor.

Inés provenía de una desbarajustada familia de la que sólo quedaba ella y su abuela por parte de madre, con quién habitaba en una casa circundada por la pobreza más extrema. Ahí, la vida quedaba más que estacionada, rancia, y nada se movía en dirección al futuro (Inés nunca supo quién fue su progenitor o si este ya había fallecido). Para llegar hasta su vivienda había que atravesar a barroos hibridados con escombros. Era una desguazada zona en la que abundaban edificios a los que les faltaba terminación. Si bien los ladrillos que se alzaban, no alcanzaban alguna aceptable forma arquitectónica, sostenían a techos parejos que en los días de lluvias normales, escurrían a las aguas. Hasta ese barrio los colectivos no llegaban, y había que atravesar a pie las cuadras internas mientras se comparaban a los tamaños de las personas que salían al paso, con las indeterminaciones que representaban sus sombras.

Lo que se veía a través de la ventana de donde habitaba Inés, eran cementos deshechos, techos de chapas, cortinas de nylon, abundantes rejas, basuras que se excluían de los tarros y se elevaban como pequeñas montañas, chiquillos que gritaban y amenazaban a quienes ojeaban desde el costado, y perros que hurgaban en la tierra a algo para comer. Existía un contrito mercado en una calle que se emancipaba de los basurales. Dentro de ese sector se reunía parte de esa despavorida comunidad, en la que algunos vecinos se asociaban para reñir contra personajes que se desplegaban violentos y descarados, es decir, los narcotraficantes que se presentaban como hombres justos, ya que sin ellos la Villa se tornaría en una desgracia o continuarían las rondas de días infaustos.

Inés procuraba alejarse de ese lugar, del que sabía quién era quien cuando se repetían las situaciones belicosas en alguno de sus trazos. Si bien vivir en esa Villa (llamada 4 bis) no había sido su elección, no le gustaba que alguien se enterase de su paupérrima procedencia. Y no tenía predisposición a quedarse ahí adentro porque no se sentía "una sacrificada luchadora social"; sólo quería refugiarse en su soleada tristeza y que la dejaran en paz.

Esa joven que siempre sonreía y cuyos modales eran apacibles, a costa de intensos esfuerzos se había labrado una educación universitaria, a la que adjuntó un impecable inglés que fue perfeccionando por la inquebrantable mediación de Joseph Kannor. Poco a poco se iba abriendo paso con la frente alta, con expresiones en su rostro que variaban entre una frontal honradez y tenues melancolías.

Por mi parte, supe que no concebía sueños inacabados, y que su idea de alcanzar al éxito, por entonces, se reducía a escapar de la Villa 4 bis. Pero el caudal de nuestras conversaciones no iba por lado, y rara vez tocábamos asuntos serios. A menudo reíamos y nos enfilábamos por un tremendo sentido del humor.

Paso ahora a zanjar en unas cuantas líneas al motivo por el cual abandoné mi espera en un sí de Inés, que a la par de motivarme a hacer mordaces comentarios, petrificó mi carne (cosa que por regla ocurre cuando es revelada la pasmosa verdad). Había visto como en los cielos crecía una espesa neblina que cayó a tierra con el arbitraje de un rayo cuyo ruido me espantó, e hizo que apure mi andar. Ya se habían agotado las atemperadas garantías del cielo y con Joseph fui forzado a buscar refugio.

III

Caminaba con este por los calurosos minutos que preceden a las lluvias, desvariando acerca de circunstanciales leyendas urbanas y de las coincidencias que había entre distantes parcelas del mundo. Nos inducíamos a reinterpretar lo que ya no era nuevo, y con retóricos grados de audacia trasladábamos ideas metafísicas a aquello a lo que convergíamos en nuestros presentes, lo que nos permitía hacer notables predicciones. El cielo se había caldeado con grises, pero nuestros rostros se erguían indiferentes al internarnos en la potencial confusión que propiciaban las lluvias, con el convencimiento de que nunca seríamos abrumados por sus fastidiosos péndulos de humedad. Éramos un agente inmobiliario y un científico que observaban la exuberancia de una céntrica zona de Buenos Aires, pregonando ideas que por breves segundos se alzaban invencibles. Transitábamos debajo de altos edificios de paredes espejadas que desdoblaban a los cielos y daban la impresión de pertenecer a esa misma superficie etérea.

Reitero que los indicios de lluvia no nos tensaron, y a lo sumo consiguieron que se esparcieran más rampantes las vibraciones de nuestras voces. Pero en uno de esos raros minutos, él ubicó sus ojos celestes en la tosca lejanía, y sin que apelar a preámbulos con elegantes ornamentos, declaró que Inés era lesbiana. Lo hizo como si dejara caer un dato casual, aunque a juzgar por las oscilaciones de sus gestos, eso le resultaba penoso. Sin entrar a analizar aquello, forje una chistosa ocurrencia para cambiar el sesgo del diálogo, pero Joseph que marchaba con un exaltado estado anímico, redobló la velocidad de sus pasos ignorando el tenor escasamente edificante de su chisme. Me confesó que hasta entonces había cultivado la reserva, pero su propósito era proveerme de esa lacónica información, porque tenía conocimiento de los insistentes esfuerzos con los que me ilusionaba extraer de ella una sonrisa

que complementase a una respuesta afirmativa.

Después de eso me quedé mudo y seguí caminando como si nada. Un impulsivo rechazo a esa posibilidad, me impidió llegar al umbral de irascibles pensamientos. Quise desconfiar de aquello que me sonaba insólito, y considerarlo como una acotación que se enhebraría a sospechas más que a la realidad. Aunque ya no me interesó escuchar a los equidistantes consejos de Joseph durante ese largo, errante, y embarazoso, recorrido. Tampoco me fascinó esa rudimentaria aventura de desafiar a la lluvia a que me mojara con su irreverencia impersonal.

De repente, me pareció que las sombras que se pululaban detrás de la fugitiva gente, eran tan fútiles como aquella persona a la que había procurado acercarme. De a poco, mis pensamientos se fueron hilvanando con el crepitar intermitente de un fuego, y clamaron que renunciara a ese sueño que siempre se fondeó en lo quebradizo. Esa había sido una mala noticia, pero al menos me brindó la facultad de entender. Me dije que la composición de nuestros actos siempre reflejó escrupulosamente lo que había dentro de los estrépitos de nuestras almas, y era mejor perder los sueños a que estos nos hicieran perder la cabeza.

Nos adelantábamos por el trayecto abierto, y del cielo se esparcieron unas cuantas y previsibles gotas. La lluvia bregaba por establecer un nuevo contexto que exiliaba a los hombres hacia donde había tejados. No desconocí, como si fuera una falacia, al hecho de que me estaba mojando, y después de la primera y chocante amargura, pasé a hacer vigorosas invocaciones machistas que introduje con un desmadrado encuadre irónico. Esas disquisiciones sin raíces me remontaron a inútiles lamentaciones.

A esa mujer, que hablaba con susurros, y sobre quien deslicé algunos de mis más resguardados secretos, la presencia de los hombres le causaba disgusto. Desde ya que no le rogaría un nuevo encuentro, ni forzaría un contacto cuando eran tan abismales nuestras diferencias... intuitivamente supe que no la volvería a ver y que no sería respetuoso ni comprensivo, inunca podía serlo ante la desairada sensación de haber sido usado! Quien fue la destinataria de mis versos, había dado cuerda a mis ilusiones sin importarles que terminara en el piso desangrándome. No me costó comprender por qué se agazapaba con miedo en el instante inicial en que me acercaba a besar su mejilla, y por qué, cuándo tomábamos café en el bar y mujeres de ásperas voces subían las escaleras hacia los baños, ella se levantaba y arguyendo necesidades naturales, las seguía prestamente. Era evidente que Inés hacía lo que le placía con mucha tozudez, y yo había sido el estúpido que se interponía en su campo de acción; uno cuya equivocación fue la de no reparar lo que en forma subrepticia o deliberada le ocurría con las mujeres.

Reponiéndome, me comprometí a hacer necesarias correcciones a mis hábitos con la meta de anular la influencia que Inés tuvo en mi vida. Pronto cesó de llover y si bien el cielo mantuvo sus tonos grises, el mundo había cesado de ser el mismo.

IV

Los días, con sus emociones, rebasaron a mi interés por Inés, y reformulé a aquellos vanos intentos amorosos como la contradicción que habían sido. Ya no sentía inevitable que nos recontráramos, ni que nos intercambiáramos palabras con continuidad. Por suerte ya no se me escapaban aquellos curiosos tartamudeos que solían surgirme cuando le veía llegar. El empeño de correrme de su hechizo por un tiempo me azoró, pero logré reestablecerme; ya no tenía el estudiado anhelo de ser percibido por ella de la mejor manera posible.

Después de una año y medio me asaltaron noticias tuyas caminando por una avenida que conocía muy bien. Volví del remate de una casa que fue comprada por un extranjero; mi gestión fue excelente porque no tuve dificultad en generar un encantamiento por esa vieja y fastuosa mansión. Y durante el trazo final de ese atardecer, me ensimismé con curiosidad en mirar los escaparates de una tienda. A mis espaldas escuché que alguien me saludaba con una broma que cuestionaba mi dedicación a una seria ocupación comercial. ¿Qué hacía haraganeando y distendido cuando todavía no se había producido el cierre del horario de trabajo? Con esa jocosa presentación esa persona pretendió en forma humorística devastar con culpas a mi conciencia.

Simultáneamente al casual encuentro con mi colega Sergio Attis, me enteré que éste se había puesto de novio con Inés con quién convivía en su departamento. Esa fue la primera referencia que tuve de ella después de muchos meses (había dejado de visitar a Joseph con el objeto de no tener que pasar por la indeseable alteración de verla y saludarla). El rostro de Sergio trasuntaba un intenso bienestar, y expandía a su voz con frenéticos retumbes frente a los tumultuosos sonidos de la calle. A esa hora, la avenida Cabildo alcanzaba su pico de popularidad, que se notaba en el incesante desfile de personas y en las distensiones de sus rostros. Después de la jornada laboral, los tránsitos se tornaron más felices o al menos no retenían peliagudos nerviosismos; el único y constante requerimiento era el de circular de acuerdo a ritmos mecánicos.

Sin sentir envidia ni nada por el estilo, y esgrimiendo una sonrisa con que intenté tapar cualquier propensión a la ligereza, le pregunté (de acuerdo a los clásicos presupuestos de cordialidad) cómo la había seducido. De hecho, me dispuse a destinar algunos minutos a escuchar una versión que sin dudas se instilaría con aciertos incontrastables, evitando mostrarme a favor o en contra de esa relación, porque sus contenidos (del tipo que

fueran) me tenían sin cuidado.

La respuesta de Attis, aún acelera los latidos de mi corazón y me hace mascullar palabras incrédulas. Fue relativamente simple:

- "Acostumbraba a verla cuando salía del trabajo y caminábamos por Cabildo durante estas mismas horas en que la numerosa gente, después de haber sido acorralada en oficinas y negocios, con irrescindibles entusiasmos se vuelca a la calle. Me juntaba con ella con asiduidad, y el hablar de los que nos pasaba se transformó en algo cotidiano. Pronto dejamos de ser fortuitos conocidos, y tejimos una red común de nuestras experiencias. Un día, me contó como el hijo de perra de Joseph le pedía favores sexuales que ella le negaba, y eso que impregnaba a sus anoheceres con una llorosa rabia, se repetía en forma constante. De hecho, Inés atravesaba una ordalía permanente, y el sujeto se volvía cada vez más bruto porque no aceptaba sus negativas. Inés cayó en enormes lapsos de angustia porque temía perder ese empleo, pero pronto no le quedó más opción que renunciar, y encontró otro que, si bien a nivel económico le reportaba un ingreso menor, calmó a sus ánimos. Había entrado en una abominable colisión con ese hombre, y con su suavidad se quebraba enfrente mío. Así que la consolé, y al tiempo nos dimos cuenta de que teníamos química..."

En ese punto no hice manifestaciones empáticas, sino que me apuré a cambiar de tema. Al costado, algunos árboles sacudieron sus ramajes, cosa que me extrañó porque no percibí la afluencia de vientos que agitasen lo que encontrarán a su paso. No expresé nada importante hasta que con una ferocidad que encubrió a mi sensación de indefensión, grité: "¡Maldito seas Joseph!". Y por unos cuantos segundos el caótico tropel de peatones dibujó alrededor mío a un círculo de distanciamiento.

Fin (5-2-2018)